

2. Origen de Satanás

Cuando hablamos del diablo como un ser real y personal, surge inmediatamente la pregunta: ¿De dónde vino? ¿Lo creó Dios? ¿O cómo llegó a existir? Muchos tropiezan en este punto y, por argumentos especiosos o plausibles, son llevados a negar las enseñanzas de la Biblia sobre este tema. Así dijo un autor erudito:

«Concibo que la existencia de un diablo es irreconciliable con toda bondad y omnipotencia; y que, si un diablo fuera creado por Dios, el Creador sería responsable de todos los actos de este ser así creado. Evidentemente, el diablo no podría ser otra cosa que lo que el Creador lo hiciera, y no podría hacer nada que la presciencia no pudiera prever. Los actos del diablo serían, por lo tanto, indirectamente los de su Hacedor».

A esto, el lector de la Biblia puede responder fácilmente que Dios nunca creó un diablo. Pero entonces surge la pregunta: Viendo que Dios es el Creador de todas las cosas, ¿cómo es posible que el diablo exista si Dios no lo creó? Pero esta pregunta se basa en la suposición de que todas las cosas están ahora en la condición en que Dios las creó, lo cual no es el caso. «Dios hizo al hombre recto, pero ellos han buscado muchas invenciones» (Eclesiastés 7:29). Dios nunca creó un hombre inicuo, sin embargo, los hombres inicuos existen. Dios nunca creó un asesino ni un adúltero; ¿negaremos, por lo tanto, la existencia de asesinos y adúlteros? Con la misma razón podríamos negar su existencia como negar la existencia del diablo, porque Dios nunca creó un diablo. El argumento se aplica con igual fuerza en ambos casos. Dios creó al hombre «*muy bueno*», pero él corrompió su camino y se convirtió en pecador. Y así también con el diablo. Dios lo creó como un ángel, pero él se rebeló y se convirtió, o se hizo a sí mismo, un diablo.

Antes de proceder a las declaraciones directas de la Biblia sobre el tema, algunos hechos de las Escrituras pueden presentarse al lector para preparar su mente para una mejor comprensión de toda la cuestión. En el santuario terrenal o típico, el símbolo de la presencia de Dios estaba entre los dos querubines, cuyas alas cubrían el propiciatorio. «El símbolo de la presencia de Dios estaba entre los

dos querubines, cuyas alas cubrían el propiciatorio» (Éxodo 25:22). Así, en el templo celestial, Dios habita entre los dos querubines cubridores. «El Señor reina; tiemblen los pueblos; Él está sentado entre los querubines; muévase la tierra». «Escucha, oh Pastor de Israel; Tú que guías a José como a un rebaño; Tú que habitas entre los querubines, resplandece». «Oh Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que habitas entre los querubines, Tú eres el Dios, solo Tú, de todos los reinos de la tierra; Tú hiciste los cielos y la tierra» (Salmos 99:1; 80:1; Isaías 37:16). Este testimonio muestra que la morada de Dios está entre los querubines.

Ezequiel da una extensa descripción de estos querubines en los capítulos 1 y 10, y en conclusión dice: «Esta es la criatura viviente que vi debajo del Dios de Israel junto al río Quebar; y supe que eran los querubines» (Ezequiel 10:20). Zacarías se refiere a lo mismo cuando dice: «Estos son los dos ungidos, que están delante del Señor de toda la tierra» (Zacarías 4:14).

El trono de Dios está en su santo templo (Apocalipsis 7:15). Este templo está en el cielo (Apocalipsis 11:19). Hay una ciudad en el cielo llamada la Nueva Jerusalén. Dijo Pablo: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es la madre de todos nosotros» (Gálatas 4:26). Leemos mucho en la Biblia acerca del «*santo monte de Dios*», el «*collado de Sion*», «*el monte Sion*», etc. Que esto no siempre se refiere al Monte Sion terrenal es evidente por las Escrituras. «Sino que os habéis acercado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (Hebreos 12:22). Joel dice: «Jehová también rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén; y temblarán los cielos y la tierra» (Joel 3:16). Pablo también dice que el estremecimiento del cielo y la tierra por la voz de Dios ocurre cuando Él habla desde el cielo (Hebreos 12:25, 26). Y así queda plenamente probado que el Monte Sion y la Nueva Jerusalén, así como el templo y el trono de Dios, están en el cielo.

A continuación, llamamos la atención del lector a una breve descripción de esta ciudad, tal como se encuentra en Apocalipsis 21:10-21:

«Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de Dios, teniendo la gloria de Dios; y su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como

el cristal; y tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles».

Ahora, fíjense en los nombres de las piedras preciosas que forman la muralla de la ciudad.

«Y el material del muro era de jaspe; mas la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardónice; el sexto, sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. Y las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla; y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio» (Apocalipsis 21:10-21).

Algunas de estas gemas preciosas brillarían como fuego, y algunas emitirían luz por sí mismas. En esta ciudad celestial están el árbol de la vida y el río del agua de la vida, que están en el paraíso de Dios (Apocalipsis 2:7; 22:1-3; Génesis 2:8-17).

El lector no puede dejar de apreciar ahora el testimonio de Ezequiel 28, como sigue:

«Hijo de hombre, levanta lamentación sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; toda piedra preciosa fue tu cubierta: el sardio, topacio, diamante, berilo, ónice, jaspe, zafiro, esmeralda y carbunclo; y de oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios; allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios como profano, y te destruí, oh querubín protector, de en medio de las piedras del fuego» (Ezequiel 28:12-16).

Fíjense en el carácter de la persona aquí descrita. «*Lleno de sabiduría y acabado de hermosura*». De nuevo, «*En Edén, en el huerto de Dios estuviste*». Sea que esto se refiera al Edén sobre la tierra o en el cielo, ningún mortal ha estado en él excepto Adán y Eva; pero este personaje ha estado allí; de ahí que la persona de la que se habla aquí no es un hombre.

Pero leemos que la serpiente, que también es llamada el diablo y Satanás (Apocalipsis 12:9), estaba en el huerto del Edén cuando Adán y Eva estaban allí (Génesis 3:1-6). La continuación mostrará que el Edén aquí referido está en la ciudad de Dios arriba. El Señor dice: «*Toda piedra preciosa fue tu cubierta: el sardio, topacio, diamante, berilo, ónice, jaspe, zafiro, esmeralda, carbunclo, y de oro*». Vea de nuevo la lista dada en Apocalipsis 21.

Esto muestra que el personaje presentado en Ezequiel 28 ha estado en esa ciudad. El Señor le dice: «*En medio de las piedras de fuego te paseabas*». Como se dijo antes, muchas de estas piedras en la ciudad santa emiten luz por sí mismas, y por lo tanto podrían ser llamadas apropiadamente piedras de fuego. Una es descrita así por el Dr. Clarke: «El carbunclo es una gema muy elegante, de un color rojo oscuro, con una mezcla de escarlata; por su color brillante y vivo recibió el nombre de *carbunculus*, que significa una pequeña brasa». «*En el santo monte de Dios estuviste*». «*En medio de las piedras de fuego te paseabas*». Esto debió haber sido en la Jerusalén celestial, donde Dios mismo habita. Mientras que el huerto de Dios podría aplicarse al huerto del Edén, esta descripción de la ornamentación de la ciudad solo puede aplicarse al cielo mismo, porque la ciudad nunca ha estado todavía sobre la tierra.

No se podría decir que el rey pagano y malvado de la ciudad de Tiro, el gobernante humano, fuera perfecto en sus caminos, sellando la suma, lleno de sabiduría y belleza. Aquí se habla de un ser más exaltado que cualquier mero hombre.

La pregunta que surge naturalmente es: Si Satanás estuvo una vez en el cielo, ¿qué posición ocupaba allí? Lo que sigue en la Escritura responderá a esta pregunta, y excluirá por completo la posibilidad de aplicarlo a cualquier ser inferior

a un ángel: «Tú, querubín grande, protector, yo te puse» (Ezequiel 28:14). Evidentemente, esta es una referencia a uno de los ángeles poderosos, también llamados querubines, que cubren el trono de Dios; porque hemos visto que Dios habita entre los querubines. Entonces es muy claro qué posición ocupó una vez la persona llamada el rey de Tiro. Él era un ángel protector del trono de Dios en el cielo. Dios lo creó para desempeñar ese cargo, porque dice: «yo te puse». Esta era su posición, su oficio. Esto, ciertamente, no es cierto de ningún hombre que haya vivido jamás. Por lo tanto, debemos estar en lo correcto al aplicarlo a algún ser superior.

Con respecto a este notable personaje puesto de manifiesto en Ezequiel 28, hemos aprendido los siguientes hechos: 1. Estuvo en Edén, el huerto de Dios. 2. Las piedras preciosas que componen la muralla de la Jerusalén celestial eran su cubierta. 3. Estuvo sobre el santo monte de Dios. 4. Se paseaba en medio de las piedras de fuego, es decir, caminaba por las calles de la ciudad de Dios. 5. Era perfecto en sus caminos. 6. Estaba lleno de sabiduría. 7. Era perfecto en belleza. 8. Era el querubín protector ungido, y Dios lo creó así. 9. Su corazón se enaltecía a causa de su hermosura. 10. Pecó. 11. Será expulsado y destruido. Aplicamos esto a Satanás, creyendo que ninguna otra aplicación puede hacerse que armonice la Escritura en todos los puntos.

De esta persona, a quien se dirige como el rey de Tiro, el Dr. Charles Beecher dice:

«En este discurso al rey de Tiro hay varias expresiones demasiado elevadas para un soberano meramente mortal. De ahí que haya prevalecido extensamente la impresión de que el Espíritu Santo consideraba al rey de Tiro como una especie de imagen o símbolo de Satanás, y al dirigirse a él pronunció cosas que trascendían el emblema y se aplicaban directamente a la realidad. Tal fue la visión de Agustín, Jerónimo, Tertuliano, Ambrosio y otros padres primitivos. De hecho, Fairbairn observa: 'La mayoría de los primeros comentaristas han supuesto que los versículos 12-14 no se usaban propiamente del rey de Tiro, sino místicamente de Satanás'». —*Redeemer and Redeemed*, p. 75.

«El querubín es el más exaltado de todos los emblemas conocidos, el más cercano al trono de Jehová, el más vívidamente conectado con Su Majestad e identificado con Su administración. Que tal fue la elevada posición originalmente ocupada por Lucifer, puede considerarse la creencia establecida. El Presidente Edwards observa: 'Lucifer, antes de su caída, era la estrella de la mañana, el querubín protector, la más brillante y más alta de todas las criaturas'. El Dr. Hopkins habla de él como uno 'que era la cabeza de todos los ángeles, y la criatura más noble que Dios había hecho'. Y el Dr. Dwight lo llama 'un ángel de preeminente distinción en el cielo'». —*Ib.*, p. 81.

Muchos han preguntado por qué se dirige a Satanás como el rey de Tiro. En la primera parte de Ezequiel 28, el príncipe de Tiro es abordado de una manera que muestra que se refiere al monarca reinante; a él se le dice: «*Con todo, hombre eres*», y «*Morirás de muerte de incircuncisos por mano de extranjeros*». Toda la descripción muestra que era una persona autoexaltada y altiva. Tiro era una ciudad poderosa, rica e influyente como centro de comercio, y tan malvada como rica. El gobernante de Tiro era meramente un instrumento en manos de Satanás para hacer su voluntad. Por lo tanto, Satanás era el verdadero gobernante, verdaderamente el rey de Tiro, y el rey reconocido era solo un príncipe bajo su dominio. De manera similar, el imperio de Roma está representado en Apocalipsis 12 como un gran dragón rojo, pero en el capítulo 20:2 el diablo es llamado el dragón antiguo. En el momento de la profecía, Roma se había convertido en la sede del imperio terrenal. Malvada, cruel e implacable en sus persecuciones contra el pueblo de Dios, su relación con Satanás no es difícil de rastrear. Satanás era entonces el rey de Roma, como lo había sido el rey de Tiro cuando esta era la señora entre las naciones.

De nuevo, en Isaías 14:12-14, por la razón aquí dada, se le habla a Satanás en un discurso dirigido al rey de Babilonia: «¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! [Margen: "estrella del día"] ¡Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones! Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte de la congregación me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré

semejante al Altísimo» (Isaías 14:12-14). ¿Quién es este que ha caído del cielo? Jesús usa las mismas palabras en Lucas 10:18: «Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lucas 10:18). Isaías dice: «*¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero!*» Es evidente que ambos se refieren a la misma persona. Esa persona Jesús la llama Satanás.

Esta, entonces, fue la condición original de Satanás, esta la posición exaltada que una vez ocupó, alta y gloriosa, cerca del trono de Dios. El Señor lo creó y lo colocó allí. Era sabio, hermoso, santo y feliz. ¡Ay, que el pecado entrara para destruir tal carácter! ¡Ay, que la rebelión manchara un universo tan hermoso! Pero así fue. Incluso mientras contemplamos esta imagen, la escena cambia, ¡oh, cuánto cambia! Malos pensamientos anidan en la mente de Lucero. Una oscura nube se está formando. Se escuchan susurros de descontento, se habla de insubordinación, hasta que por fin, ¡oh día lamentable! la rebelión, oscura, profunda, malvada rebelión, estalla sobre los asombrados habitantes del cielo.

Y desde el día en que la iniquidad entró en su corazón, y se opuso a Dios, no ha dejado ningún engaño sin intentar para llevar a otros a seguirlo en el camino de la rebelión. Nadie ha estado libre de sus ataques, nadie tan exaltado en posición, nadie tan sabio y dotado, que Satanás no haya intentado desviar. Cuán necesaria la exhortación del Salvador, a *velar y orar para no entrar en tentación*. Cuán oportuna la admonición del siervo de Dios: «El que piensa estar firme, mire que no caiga».